

PROBLEMAS DE LINGÜÍSTICA GENERAL

por
ÉMILE BENVENISTE

CAPÍTULO III

SAUSSURE DESPUÉS DE MEDIO SIGLO ¹

Ferdinand de Saussure murió el 22 de febrero de 1913. Hemos aquí reunidos cincuenta años después, el mismo día, 22 de febrero de 1963, para una conmemoración solemne, en su ciudad, en su universidad.² Aquella figura adquiere ahora sus rasgos auténticos y se nos presenta en su verdadera grandeza. No hay hoy lingüista que no le deba algo. No hay teoría general que no mencione su nombre. Cierta misterio rodea su vida humana, pronto recogida en el silencio. Es de la obra de lo que nos ocuparemos. A una obra tal, conviene sólo el elogio que la explica en su génesis y hace comprender su irradiación.

Vemos hoy a Saussure muy distinto de como sus contemporáneos podían verlo. Toda una parte de sí, la más importante sin duda, no fue conocida hasta después de su muerte. La ciencia del lenguaje ha sido por ella transformada poco a poco. ¿Qué es lo que Saussure ha aportado a la lingüística de su tiempo, y en qué ha actuado sobre la nuestra?

Para responder a esta pregunta pudiéramos ir de uno a otro de sus escritos, analizar, comparar, discutir. Sin duda sería necesario tal inventario crítico. La bella e importante obra de R. Godel³ contribuye ya en gran medida. Mas no es ésta nuestra intención. Dejando a otros el cuidado de describir en detalle esta obra, trataremos de recuperar su principio en una exigencia que la anima y aun la constituye.

¹ *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 20 (1963), Librairie Droz, Ginebra.

² Estas páginas reproducen lo esencial de una conferencia pronunciada en Ginebra el 22 de febrero de 1963, por invitación de la Universidad, para conmemorar el cincuentenario de la muerte de Ferdinand de Saussure. Se han suprimido unas cuantas frases liminares, enteramente personales. No deberá olvidarse que esta exposición fue proyectada para un público más amplio que el de los lingüistas, y que la circunstancia excluía toda discusión y aun cualquier enunciado demasiado técnico.

³ *Les sources manuscrites du Cours de linguistique générale de Ferdinand de Saussure*, 1957.

En todo creador hay cierta exigencia, oculta, permanente, que lo sostiene y lo devora. que guía sus pensamientos, le impone tarea, lo estimula en sus desfallecimientos y no le da tregua si trata de escabullirse. No siempre es fácil reconocerla en los recorridos diversos, a veces vacilantes, que emprende la reflexión de Saussure. Pero una vez discernida, aclara el sentido de su esfuerzo, y lo sitúa frente a sus antecesores así como frente a nosotros.

Saussure es ante todo y siempre el hombre de los fundamentos. Por instinto se dirige a los caracteres primordiales, que gobiernan la diversidad de lo dado empíricamente. En lo que pertenece a la lengua presenta algunas propiedades que en ninguna otra parte se encuentran. Compárese con lo que sea, la lengua no deja de aparecer como cosa diferente. Pero ¿en qué difiere? Considerando esta actividad, el lenguaje, donde están asociados tantos factores, biológicos, físicos y psíquicos, individuales y sociales, históricos, estéticos, pragmáticos, se pregunta: ¿dónde está propiamente la lengua?

Podría darse a esta interrogación forma más precisa reduciéndola a los dos siguientes problemas, que colocamos en el centro de la doctrina saussuriana:

1) ¿Cuáles son los datos básicos sobre los que se fundará la lingüística y cómo podemos alcanzarlos?

2) ¿De qué naturaleza son las nociones del lenguaje y merced a qué modo de relación se articulan?

Discernimos esta preocupación en Saussure desde que entra en la ciencia, con su *Mémoire sur le système primitif des voyelles dans les langues indo-européennes*, publicado cuando tenía veintiún años y que sigue siendo uno de sus títulos de gloria. El genial principiante ataca uno de los problemas más difíciles de la gramática comparada, una cuestión que a decir verdad ni existía antes y que fue el primero en formular en términos propios. ¿Por qué, en un dominio tan vasto y prometedor, eligió un objeto tan arduo? Releamos el prefacio. Expone que su intención era estudiar las formas múltiples de *a* indoeuropea, pero que se vio conducido a considerar "el sistema de las vocales en su conjunto". Esto le hace tratar "una serie de problemas de fonética y de morfología, unos que esperan todavía solución, algunos que ni siquiera han sido planteados". Y como para disculparse de haber tenido que "atravesar las regiones más incultas de la lingüística indoeuropea", agrega esta justificación tan esclarecedora:

Si a pesar de todo nos aventuramos, bien convencidos de antemano de que nuestra inexperiencia se extraviará más de una vez en el

dédalo, es porque, para quienquiera que se ocupe de estos estudios, enfrentarse a semejantes cuestiones no es una temeridad, como tantas veces se dice, sino una necesidad; es la primera escuela por la que hay que pasar; pues no se trata aquí de especulaciones de orden trascendente sino de la búsqueda de datos elementales sin los que todo queda en el aire, todo es arbitrariedad e incertidumbre."

Estas últimas líneas pudieran servir de epígrafe a su obra entera. Contienen el programa de su investigación venidera, presagian su orientación y fin. Hasta el término de su vida, y con insistencia creciente, dolorosamente pudiera decirse, conforme avanza más en su reflexión, va en pos de los "datos elementales" que constituyen el lenguaje, apartándose poco a poco de la ciencia de su tiempo, en la cual sólo ve "arbitrariedad e incertidumbre" —en una época, no obstante, en que la lingüística indoeuropea proseguía con creciente éxito la empresa comparativa.

Son ciertamente los datos elementales los que se trata de descubrir y aun (quisiéramos escribir "sobre todo") si nos proponemos remontarnos de un estado de lengua histórico a uno prehistórico. De otro modo no puede fundarse en razón el devenir histórico, pues si hay historia, ¿de qué lo es? ¿Qué es lo que cambia y qué es lo que permanece? ¿Cómo podemos decir de un dato lingüístico tomado en dos momentos de la evolución que es el mismo dato? ¿En qué reside esta identidad y, ya que es planteada por el lingüista entre dos objetos, cómo lo definiremos? Hace falta un cuerpo de definiciones. Hay que enunciar las relaciones lógicas que establecemos entre los datos, los rasgos o los puntos de vista desde los cuales los aprehendemos. Así ir a los fundamentos es el solo medio —pero el seguro— de explicar el hecho concreto y contingente. Para alcanzar lo concreto histórico, para volver a colocar lo contingente en su necesidad propia, debemos situar cada elemento en la red de relaciones que lo determina, y plantear explícitamente que el hecho sólo existe en virtud de la definición que le atribuimos. Tal es la evidencia que desde el comienzo se impone a Saussure, a quien no bastará su vida entera para introducirla en la teoría lingüística.

Pero aun si hubiese podido formular entonces lo que no enseñaría hasta más tarde, sólo habría incrementado la incomprensión o la hostilidad con que tropezaron sus primeros ensayos. Los maestros de entonces, seguros en su verdad, no querían escuchar aquel llamado riguroso, y la dificultad misma del *Mémoire* bastaba para repeler a la mayoría. Saussure acaso fuera a descorazonarse. Hizo

falta una nueva generación para que lentamente sus ideas se abriesen camino. Fue un destino favorable el que lo condujo entonces a París. Recuperó alguna confianza en sí mismo gracias a aquella coyuntura excepcional que le permitió hallar a la vez un tutor benévolo, Bréal, y un grupo de jóvenes lingüistas —así A. Meillet y M. Grammont— en quienes su enseñanza dejaría profunda impronta. Una nueva fase de la gramática comparada data de estos años en que Saussure inculca su doctrina, al tiempo que la madura, a algunos de quienes la desenvolverán. Por eso recordamos —no sólo para medir la influencia personal de Saussure, sino para estimar el progreso de las ideas que anuncian— los términos de la dedicatoria que dirigía Meillet a su maestro Saussure en 1903 a la cabeza de su *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes*: “en ocasión de los veinticinco años transcurridos desde la publicación del *Mémoire*... (1878-1903)”. Si sólo de Meillet hubiese dependido, el acontecimiento habría quedado señalado con claridad mayor aún: una carta inédita de Saussure nos informa que Meillet quiso poner primero: “para el aniversario de la publicación...” —de lo cual Saussure lo disuadió amistosamente.

Pero aun en 1903, es decir veinticinco años después, todavía no podía saberse cuántas intuiciones clarividentes contenía el *Mémoire* de 1878. He aquí un espléndido ejemplo. Saussure discernió que el sistema vocálico del indoeuropeo contenía varias *a*. En lo tocante al conocimiento puro, las distintas *a* del indoeuropeo son objetos tan importantes como las partículas fundamentales en física nuclear. Ahora bien, una de estas *a* tenía la singular propiedad de comportarse distintamente que sus dos congéneres vocálicas. No pocos descubrimientos han comenzado con una observación parecida, un desacuerdo en un sistema, una perturbación en un campo, un movimiento anormal en una órbita. Saussure caracteriza esta *a* por dos rasgos específicos. Por una parte, no es parienta ni de *e* ni de *o*; por otra, es coeficiente sonántico, es decir, es susceptible de desempeñar el mismo papel doble, vocálico y consonántico, que las nasales o las líquidas, y se combina con vocales. Notemos que Saussure habla de ella como de un fonema, y no como de un sonido o una articulación. No nos dice cómo se pronunciaba este fonema, a qué sonido pudiera parecerse en tal o cual sistema observable; ni siquiera si se trataba de una vocal o de una consonante. La sustancia fónica no es considerada. Estamos en presencia de una unidad algébrica, un término del sistema, lo que denominaré más

tarde una unidad distintiva y opositiva. No podría decirse que ni siquiera veinticinco años después de propuesta esta observación hubiera despertado gran interés. Otros veinticinco años faltaban para que se impusiera, en circunstancias que la imaginación más audaz no hubiera concebido. En 1927, J. Kuryłowicz, en una lengua histórica, el hitita, recién descifrada por aquel entonces, con la forma del sonido que se representa *h*, daba con el fonema definido cincuenta años antes por Saussure como fonema sonántico indoeuropeo. Esta hermosa observación hacía penetrar en la realidad la entidad teórica postulada por el razonamiento en 1878.

Por supuesto, la realización fonética de esta entidad como *h* en hitita aportaba al debate un elemento nuevo, pero de naturaleza diferente. A partir de ahí se han manifestado dos orientaciones en la investigación. Para unos era cosa ante todo de adelantar más la investigación teórica, de sacar a luz particularmente en la morfología indoeuropea los efectos y las combinaciones de este “coeficiente sonántico”. Resulta hoy día que este fonema no es único, que representa una clase entera de fonemas, desigualmente representados en las lenguas históricas, y que se llaman “laringales”. Otros lingüistas insisten por el contrario en el análisis descriptivo de estos sonidos; procuran definir la realidad fonética; y como el número de éstos laringales es todavía motivo de discusión, de año en año se ven multiplicarse las interpretaciones, que originan nuevas controversias. Este problema ocupa hoy el centro de la teoría del indoeuropeo; apasiona a los diacronistas tanto como a los descriptivistas. Todo lo cual atestigua la fecundidad de los puntos de vista introducidos por Saussure, y que no han alcanzado su plenitud hasta estos últimos decenios, medio siglo después de haber sido publicadas. Incluso los lingüistas que ni han leído el *Mémoire* no dejan de serle tributarios.

He aquí, pues, a Saussure adelantándose, muy joven, en su carrera, estrella en la frente. Acogido favorablemente en la École des Hautes Études, donde encuentra en el acto discípulos a quienes su pensamiento encanta e inspira, en la Société de Linguistique, donde Bréal lo designa pronto secretario adjunto, se abre ante él un fácil camino, y todo parece anunciar una larga serie de hallazgos. Las esperanzas no se frustran. Recordemos tan sólo sus artículos fundamentales sobre la entonación báltica, que muestran la profundidad de sus análisis y siguen siendo modelos para quien se dedique a iguales indagaciones. Sin embargo, es un hecho señalado —y deplorado— por quienes hablan de Saussure en estos años que bien pronto

su producción disminuye. Se restringe a algunos artículos, cada vez más espaciados, y que por lo demás sólo concede al solicitárselo sus amigos. Regresado a Ginebra para ocupar una cátedra en la Universidad, deja de escribir casi por completo. No obstante, nunca dejó de trabajar. ¿Qué es, entonces, lo que le impedía publicar? Empezamos a saberlo. Este silencio esconde un drama que debió de ser doloroso, se agravó con los años y no llegó a encontrar salida. Toca por un lado a circunstancias personales, acerca de las cuales los testimonios de sus familiares y amigos pudieran dar algunas luces. Era sobre todo un drama del pensamiento. Saussure se alejaba de su época en la medida misma en que se iba haciendo amo de su propia verdad, ya que esta verdad le hacía rechazar todo lo que por entonces se enseñaba a propósito del lenguaje. Pero, al mismo tiempo que vacilaba ante aquella revisión radical que sentía necesaria, no podía decidirse a publicar la menor nota sin haber asegurado antes los fundamentos de la teoría. Con qué hondura sufría tal turbación y en qué medida estaba a veces a punto de desanimarse, lo revela un documento singular, un pasaje de una carta a Meillet (4 de enero de 1894), donde, a propósito de sus estudios sobre la entonación báltica, le confía:

"Pero estoy muy harto de todo esto y de la dificultad que hay, en general, para escribir diez líneas con sentido común en materia de hechos del lenguaje. Preocupado sobre todo desde hace mucho por la clasificación lógica de estos hechos, por la clasificación de los puntos de vista desde los cuales los tratamos, veo cada vez más la inmensidad del trabajo que sería preciso para mostrar al lingüista *lo que hace*; reduciendo cada operación a su categoría prevista; y al mismo tiempo la no poca vanidad de todo lo que a fin de cuentas puede hacerse en lingüística.

"Es en último análisis tan sólo el lado pintoresco de una lengua lo que hace que difiera de todas las demás como pertenecientes a determinado pueblo con determinados orígenes, es este lado casi etnográfico el que conserva interés para mí: y precisamente ya no tengo el gusto de poderme entregar a este estudio sin segunda intención, y disfrutar del hecho particular atendido a un medio particular.

"Sin cesar, la ineptia absoluta de la terminología ordinaria, la necesidad de reformarla, y de mostrar para ello qué clase de objeto es la lengua en general, me estropea el placer histórico, aunque no tenga anhelo mayor que no deber ocuparme de la lengua en general.

"A mi pesar, esto acabará en un libro donde, sin entusiasmo ni

pasión, explicaré por qué no hay un solo término empleado en lingüística al que conceda yo un sentido cualquiera. Y confieso que no será hasta entonces cuando pueda reanudar mi trabajo en el punto en que lo dejé.

"He aquí una disposición tal vez estúpida, que explicaría a Duvau por qué, por ejemplo, he dado largas más de un año a la publicación de un artículo que materialmente no ofrecía ninguna dificultad —y sin conseguir por lo demás evitar las expresiones lógicamente odiosas, ya que para eso sería precisa una reforma decididamente radical."⁴

Se ve en qué debate está encerrado Saussure. Más ahonda en la naturaleza del lenguaje, menos lo satisfacen las nociones recibidas. Busca entonces entretenimiento en estudios de tipología etnolingüística, pero vuelve siempre a su obsesión primera. Quizá también por escapar se lanzará más tarde a una inmensa búsqueda de anagramas... Pero hoy vemos qué estaba en juego: el drama de Saussure iba a transformar la lingüística. Las dificultades con que choca su reflexión van a obligarlo a forjar las nuevas dimensiones que ordenarán los hechos del lenguaje.

A partir de este momento, en efecto, Saussure ha visto que estudiar una lengua conduce inevitablemente a estudiar el lenguaje. Creemos poder alcanzar directamente el hecho de lengua como una realidad objetiva. La verdad es que no lo captamos sino desde determinado punto de vista, que hay que empezar por definir. Dejemos de creer que en la lengua es aprehendido un objeto simple, existente por sí mismo y susceptible de aprehensión total. La primera tarea es mostrarle al lingüista "lo que hace", a qué operaciones previas se entrega inconscientemente al abordar los datos lingüísticos.

Nada estaba más alejado de su tiempo que estas preocupaciones lógicas. Los lingüistas andaban por aquel entonces absorbidos en un gran esfuerzo de investigación histórica, preparando materiales de comparación y elaborando repertorios etimológicos. Estas grandes empresas —muy útiles, por lo demás— no dejaban lugar a los cuidados teóricos. Y Saussure se quedaba solo con sus problemas. La inmensidad de la faena por realizar, el carácter radical de la reforma necesaria, podían hacerlo vacilar, desanimarlo por momentos.

⁴ Este texto ha sido citado por Godel, *op. cit.*, p. 31, pero ateniéndose a una copia defectuosa que hay que corregir en varios lugares. El pasaje lo reproducimos aquí siguiendo el original. [1965] Ver ahora E. Benveniste, "Lettres de Ferdinand de Saussure à Antoine Meillet", *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 21 (1964), pp. 92-135.

No obstante, no renuncia. Piensa en un libro en que dirá estas cosas, en donde presentará sus opiniones y emprenderá la refundición completa de la teoría.

Tal libro no será escrito jamás, pero quedan esbozos, en forma de notas preparatorias, de observaciones anotadas rápidamente, de borradores, y cuando tenga Saussure, para cumplir obligaciones universitarias, que impartir un curso de lingüística general, volverá a los mismos temas y los prolongará hasta el punto en que los conocemos.

Encontramos, en efecto, en el lingüista de 1910 el mismo propósito que guiaba al principiante de 1880: asegurar los fundamentos de la lingüística. Rechaza los marcos y las nociones que ve emplear por doquier, ya que le parecen ajenos a la naturaleza propia del lenguaje. ¿Cuál es esta naturaleza? Se explica brevemente en notas de éstas, fragmentos de una reflexión que no puede ni cejar ni fijarse por completo:

"Por lo demás hay cosas, objetos dados, que somos libres de considerar luego desde distintos puntos de vista. Hay aquí ante todo puntos de vista, justos o falsos, pero sólo puntos de vista, con ayuda de los cuales son *creadas* secundariamente las cosas. Resulta que estas creaciones corresponden a realidades cuando el punto de partida es atinado, o que no corresponden en caso contrario; pero en ambos casos ninguna cosa, ningún objeto es dado un solo instante en sí. Ni siquiera cuando se trata del hecho más material, más evidentemente definido en sí en apariencia, como pasaría con una serie de sonidos vocales."

"He aquí nuestra profesión de fe en materia lingüística: en otros dominios puede hablarse de las cosas *desde tal o cual punto de vista*, con la certeza que se tiene de hallar terreno firme en el objeto mismo. En lingüística negamos en principio que haya objetos dados, que haya cosas que continúen existiendo cuando se pase de un orden de ideas a otro, y que se pueda uno por consiguiente permitir considerar 'cosas' en varios órdenes, como si fueran dadas por sí mismas."

Estas reflexiones explican por qué Saussure juzgaba tan importante mostrar al lingüista "lo que hace". Deseaba hacer comprender el error en que se ha metido la lingüística desde que estudia el lenguaje como una cosa, como un organismo viviente o como una

* C.F.S., 12 (1954), pp. 57 y 58.

* Ibid., p. 58.

materia por analizar mediante una técnica instrumental, si no es que como una libre e incesante creación de la imaginación humana. Hay que volver a los fundamentos, descubrir este objeto que es el lenguaje, al cual no podría compararse nada.

¿Qué es pues este objeto, que Saussure erige sobre la tabla rasa de todas las nociones recibidas? Tocamos aquí lo que hay de primordial en la doctrina saussuriana, un principio que presume una intuición total del lenguaje, total porque contiene el conjunto de su teoría y porque abarca la totalidad de su objeto. Este principio es que *el lenguaje*, se estudie desde el punto de vista que sea, *es siempre un objeto doble*, formado por dos partes, cada una de las cuales no vale sino por la otra.

Aquí está, me parece, el meollo de la doctrina, el principio de donde procede todo el aparato de nociones y de distinciones que constituirá el *Cours* publicado. En efecto, todo en el lenguaje ha de definirse en términos dobles; todo lleva la impronta y el sello de la dualidad opositiva:

- Dualidad articulatoria/acústica.
- Dualidad del sonido y del sentido.
- Dualidad del individuo y de la sociedad.
- Dualidad de la lengua y de la palabra.
- Dualidad de lo material y de lo insustancial.
- Dualidad de lo "memorial" (paradigmático) y de lo sintagmático.
- Dualidad de la identidad y de la oposición.
- Dualidad de lo sincrónico y de lo diacrónico, etc.

Y, una vez más, ninguno de los términos así opuestos vale por sí mismo ni remite a una realidad sustancial; cada uno extrae su valor del hecho de oponerse al otro:

"La ley enteramente final del lenguaje es, por lo que nos atrevemos a decir, que nunca hay nada que pueda residir en *un* término, por consecuencia directa de que los símbolos lingüísticos carezcan de relación con lo que deben designar, así que *a* es impotente para designar nada sin el socorro de *b*, a éste le pasa lo mismo sin el auxilio de *a*, o que ninguno de los dos vale más que por su recíproca diferencia, o que ninguno vale, ni aun por una parte cualquiera de sí (supongo 'la raíz', etc.) de otro modo que por este mismo plexo de diferencias eternamente negativas."

* Ibid., p. 63.

"Como el lenguaje no ofrece en ninguna de sus manifestaciones una sustancia, sino solamente *acciones* combinadas o aisladas de fuerzas fisiológicas, psicológicas, mentales; y como no obstante todas nuestras distinciones, toda nuestra terminología, todas nuestras maneras de hablar están moldeadas por esta suposición involuntaria de una sustancia, no es posible negarse, ante todo, a reconocer que la teoría del lenguaje tendrá por tarea más esencial desenmarañar qué es de nuestras distinciones primeras. Nos es imposible conceder que se tenga derecho de elevar una teoría pasando por alto este trabajo de definición, pese a que tal manera cómoda haya satisfecho hasta el presente al público lingüístico."⁸

Cierto: puede tomarse como objeto del análisis lingüístico un hecho material, por ejemplo un segmento de enunciado al que no sería vinculada ninguna significación considerándolo como simple producción del aparato vocal, o aun una vocal aislada. Creer que nos aferramos a una sustancia en tal caso es ilusorio: precisamente no es sino merced a una operación de abstracción y de generalización como podemos delimitar semejante objeto de estudio. Saussure insiste: sólo el punto de vista crea esta sustancia. Todos los aspectos del lenguaje que tenemos por dados son resultado de operaciones lógicas que practicamos inconscientemente. Adquiramos conciencia, pues. Abramos los ojos a la verdad de que no hay un solo aspecto del lenguaje que sea dado aparte de los otros y que se pueda anteponer a los otros como anterior y primordial. De donde esta verificación:

"A medida que se ahonda en la materia propuesta al estudio lingüístico, se convence uno cada vez más de esta verdad, que da —sería inútil disimularlo— singularmente que pensar: que el nexo que se establece entre las cosas preexiste, en este dominio, a las cosas mismas, y sirve para determinarlas."⁹

Tesis de aire paradójico, que todavía hoy puede sorprender. Hay lingüistas que reprochan a Saussure complacerse en subrayar paradojas en el funcionamiento del lenguaje. Pero en verdad es el lenguaje lo más paradójico que hay en el mundo, y pobres de quienes no lo noten. Mientras más se adelante, más se sentirá este contraste entre la unicidad como categoría de nuestra apercepción de los objetos y la dualidad cuyo modelo impone el lenguaje a nuestra reflexión.

⁸ *Ibid.*, pp. 55 y 56.

⁹ *Ibid.*, p. 57.

Mientras más se penetra en el mecanismo de la significación, mejor se verá que las cosas no significan en razón de su ser-esto sustancial, sino en virtud de rasgos formales que las distinguen de las otras cosas de la misma clase y que nos incumbe deslindar.

De estas opiniones procede la doctrina a la que los discípulos de Saussure han dado forma y publicado. Hoy día, exegetas escrupulosos se dedican a la tarea necesaria de restaurar en su exacto tenor las lecciones de Saussure, ayudándose de todos los materiales que han conseguido recuperar. Gracias a sus cuidados dispondremos de una edición crítica del *Cours de linguistique générale*, la cual no sólo nos proporcionará una imagen fiel de esta enseñanza transmitida en su forma oral, sino que permitirá fijar con rigor la terminología saussuriana.

Esta doctrina informa, en efecto, de una u otra manera, toda la lingüística teórica de nuestro tiempo. La acción que ha ejercido se acrecienta por efecto de convergencias entre las ideas saussurianas y las de otros teóricos. Así, en Rusia, Baudoin de Courtenay y su discípulo Kruszewski proponían, de manera independiente, una nueva concepción del fonema. Distinguían la función lingüística del fonema de su realización articulatoria. Esta enseñanza paraba, en suma, aunque en escala más pequeña, en la distinción saussuriana entre lengua y habla, y asignaba al fonema un valor diferencial. Era el primer germen de lo que ha llegado a ser una disciplina nueva, la fonología, teoría de las funciones distintivas de los fonemas, teoría de las estructuras de sus relaciones. Cuando la fundaron, N. Trubetskoi y R. Jakobson reconocieron expresamente sus precursores en Saussure como en Baudoin de Courtenay.

La tendencia estructuralista que se afirma desde 1928 y que luego habría de ser puesta en primer plano, tiene así sus orígenes en Saussure. Aunque éste nunca haya usado en sentido doctrinal el término "estructura" (el cual, además, por haber servido de lema a movimientos muy diferentes, ha acabado por perder todo contenido preciso), la filiación es indudable, de Saussure a todos los que buscan en la relación de los fonemas entre sí el modelo de la estructura general de los sistemas lingüísticos.

Acaso sea útil situar a este respecto una de las escuelas estructuralistas, la más caracterizada nacionalmente, la escuela estadounidense, en tanto que se tiene por descendiente de Bloomfield. No es lo bastante sabido que Bloomfield escribió del *Cours de linguistique générale* una reseña muy elogiosa, donde, anotando a favor de

Saussure la distinción entre *lengua* y *habla*, concluía: "He has given us the theoretical basis for a science of human speech."¹⁰ Por mucho que haya cambiado la lingüística estadounidense, no deja de estar ligada a Saussure.

Como todos los pensamientos fecundos, la concepción saussuriana de la lengua acarrea consecuencias que no se notaron de momento. Incluso hay una parte de su enseñanza que ha permanecido casi inerte e improductiva durante largo tiempo. Es la que toca a la lengua como sistema de signos, y el análisis del signo en significante y significado. Había ahí un principio nuevo, el de la unidad de doble faz. Estos últimos años, la noción de signo ha sido discutida entre los lingüistas: hasta qué punto ambas fases se corresponden, cómo se mantiene la unidad o se disocia a través de la diacronía, etc. No pocos puntos de la teoría están aún por examinar. En particular, será cosa de preguntarse si la noción de signo puede valer como principio de análisis en todos los niveles. Hemos indicado en otro lugar que la frase como tal no admite la segmentación en unidades del tipo del signo.

Pero lo que deseamos subrayar aquí es el alcance de este principio del signo instaurado como unidad de la lengua. Resulta que la lengua se torna un sistema semiótico: "la tarea del lingüista —dice Saussure— es definir lo que hace de la lengua un sistema especial en el conjunto de los hechos semiológicos. . . Para nosotros el problema lingüístico es ante todo semiológico."¹¹ Ahora bien, vemos hoy día que este principio se propaga fuera de las disciplinas lingüísticas y penetra en las ciencias del hombre, que adquieren conciencia de su propia semiótica. Lejos de que la lengua quede abolida en la sociedad, es la sociedad la que comienza a reconocerse como "lengua". Hay analistas de la sociedad que se preguntan si determinadas estructuras sociales o, en otro plano, esos discursos complejos que son los mitos, no habrían de considerarse como significantes cuyos significados debieran ser buscados. Estas investigaciones innovadoras hacen pensar que el carácter esencial de la lengua, estar compuesta de signos, podría ser común al conjunto de los fenómenos sociales que constituyen la *cultura*.

Nos parece que deberá establecerse una distinción fundamental entre dos órdenes de fenómenos: por una parte los datos físicos y

¹⁰ *Modern Language Journal*, 8 (1924), p. 319.

¹¹ *Cours de linguistique générale*, 1a. ed., pp. 34 y 35.

biológicos, que ofrecen una naturaleza "simple" (sea cual fuere su complejidad), por mantenerse por entero en el campo en que se manifiestan y formarse y diversificarse todas sus estructuras en niveles sucesivamente alcanzados en el orden de las mismas relaciones; y por otra parte los fenómenos propios del medio interhumano que tienen la característica de no poder ser tomados jamás como datos simples ni definirse en el orden de su propia naturaleza, sino tener siempre que ser recibidos como dobles, en virtud de estar vinculados a otra cosa, sea cual sea su "referente". Un hecho cultural no es tal sino en cuanto que remite a alguna otra cosa. El día en que cobre forma una ciencia de la cultura, se fundará probablemente en este carácter primordial, y elaborará sus dualidades propias a partir del modelo dado por Saussure para la lengua, sin conformarse a él necesariamente. No escapará ninguna ciencia del hombre a esta reflexión sobre su objeto y sobre su lugar en el seno de una ciencia general de la cultura, ya que el hombre no nace en la naturaleza sino en la cultura.

Qué extraño destino el de las ideas, y cómo a veces parecen tener vida propia, revelando o desmintiendo o recreando la imagen de su creador. Puede reflexionarse mucho acerca de este contraste: la vida temporal de Saussure comparada con la fortuna de sus ideas. Un hombre solo en su pensamiento durante casi toda la vida, imposibilitado para enseñar lo que juzga falso o ilusorio, sintiendo que hay que refundirlo todo, o por lo menos que intentar hacerlo, y por fin, después de no pocos escarceos que no logran arrancarlo del tormento de su verdad personal, comunicando a algunos oyentes ideas sobre la naturaleza del lenguaje que nunca le parecen bastante maduras para ser publicadas. Muere en 1913, poco conocido fuera del círculo restringido de sus discípulos y de unos cuantos amigos, ya casi olvidado por sus contemporáneos. Meillet, en la hermosa nota necrológica que le consagra entonces, deplora que tal vida concluya con una obra incompleta: "Después de más de treinta años, las ideas que expresaba Ferdinand de Saussure en su trabajo inicial no han agotado su fecundidad. Y con todo, sus discípulos tienen el sentimiento de que, ni con mucho, tuvo en la lingüística de su tiempo el puesto que debiera merecer por sus dotes geniales. . ."¹² Y concluía con este pesar hondo: "Produjo el libro de gramática comparada más bello que se haya escrito, sembró ideas y adelantó

¹² *Linguistique historique et linguistique générale*, II, p. 174.

firmer teorías, dejó su impronta en numerosos alumnos, y no obstante no consumó todo su destino." 13

Tres años después de la muerte de Saussure aparecía el *Cours de linguistique générale*, redactado por Bally y Séchehaye según notas tomadas por estudiantes. En 1916, entre el estruendo de las armas, ¿a quién podía importar una obra de lingüística? Jamás fue más cierta la expresión de Nietzsche: que los grandes acontecimientos llegan en las patas de las palomas.

Hoy en día, cincuenta años han transcurrido desde la muerte de Saussure, dos generaciones nos separan de él, ¿y qué vemos? La lingüística se ha convertido en una ciencia principal entre las que se ocupan del hombre y de la sociedad, una de las más activas en la investigación teórica y también en los desenvolvimientos técnicos. Pues bien, esta lingüística renovada tiene su origen en Saussure, es en Saussure donde se reconoce y se compendia. En todas las corrientes que la atraviesan, en todas las escuelas en que se reparte, es proclamado el papel iniciador de Saussure. Esta simiente de claridad, recogida por algunos discípulos, se ha vuelto gran luz, que alumbra un paisaje lleno de su presencia.

Decíamos que Saussure pertenece, en adelante a la historia del pensamiento europeo. Precursor de las doctrinas que desde hace cincuenta años han transformado la teoría del lenguaje, a él debemos visiones inolvidables de la facultad más elevada y misteriosa del hombre, y al mismo tiempo, al colocar en el horizonte de la ciencia y de la filosofía la noción de "signo" como unidad bilateral, contribuyó al advenimiento del pensamiento formal en las ciencias de la sociedad y la cultura, y a la constitución de una semiología general.

Abarcando con la mirada este medio siglo transcurrido, podemos decir que Saussure consumó bien su destino. Más allá de su vida terrestre, sus ideas irradian más lejos de lo que nunca hubiera imaginado, y este destino póstumo se ha vuelto como una segunda vida, que en adelante se confunde con la nuestra.